

¿QUIÉN ES ELLA?

COMEDIA EN CINCO ACTOS,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO ESPAÑOL EL DIA 7 DE DICIEMBRE DE 1849 (1).

PERSONAS.

LA CONDESA.	MARTIN.
ISABEL.	EL ALCAIDE.
DOÑA MENCIA.	DON ALVARO.
EL REY.	DAMAS.
QUEVEDO.	UCIERES.
GONZALO.	GUARDIA.

La accion se supone en Madrid, año de 1645.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de la condesa. Puerta en el foro, que es la principal: otra lateral a la derecha: otra a la izquierda. Mesa de escritorio.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO.

(Sentado á la mesa de escritorio.)

Otra carta, y es la última,
Al arrendador Ambrosio
García. — Cansan, aburren

Tantas horas de escritorio.—
Hoy no he visto todavía
A la que es luz de mis ojos,
Y ausente de su hermosura
No vivo, ó vivo en un potro.
La condesa...

ESCENA II.

GONZALO, QUEVEDO.

Quev. Perdonad,

(Entrando.)

Señor mio, si me tomo
La libertad...

(1) Mucho dió que hablar y discurrir, no solo en los círculos literarios, sino entre los meros aficionados á los espectáculos dramáticos, y aun entre muchas personas que solo tienen noticia de ellos por los anuncios de los diarios, el rigoroso incógnito que el autor de esta comedia guardó hasta concluida la primera representación.

Gonz. Caballero...	Que á esos piés...
(Levantándose.)	Quev. No me conformo.
¡Cielos, qué veo!...	Mis brazos están mas cerca.
Quev. Este mozo...	(Le abraza.)
Si, es Gonzalo.	Gonz. Yo los recibo con gozo
Gonz. ¡Don Francisco	Y con orgullo.
De Quevedo!... ¡Dios piadoso!...	Quev. A tu padre
¡Tanta dicha!... Permitid	Retrata fiel ese rostro

No lo hizo, sin embargo, por el pueril deseo de singularizarse, ni por dar mas importancia á su obra cubriéndola con el velo del misterio. Pareciale abusiva y perjudicial la costumbre contraria; esto es, la de apresurarse la prensa periódica á hacer constar quién ha escrito un drama cuando todavia está en borrador, y tal vez cuando apenas se ha bosquejado el plan. Pensaba —¿y qué hombre sensato no será de su opinion? que si esto no es de aprobar cuando el interesado no lo autoriza, lo es mucho menos el prevenir el juicio del público con alabanzas intempestivas que, por lo regular, comprometen mas que favorecen, ó con censuras que no prueban mucho amor al prójimo de parte de quien tan officiosamente las anticipa. El autor de *¿Quién es Ella?* tenia además motivos particulares en aquellas circunstancias, y aun antes, para desear que siquiera una produccion suya se juzgase por lo poco ó mucho que intrinsecamente valiera y sin preocupacion alguna favorable ó adversa respecto del individuo, ni de su escuela ni de sus antecedentes. El drama no es en su totalidad del género en que mas habitualmente se habia ejercitado, y esta era otra razon que le movia á presentarlo anónimo; y hasta el título *¿Quién es Ella?*, sugiriéndole naturalmente la idea de otra pregunta análoga, la de *¿Quién es El?*, le confirmó en su inocente propósito.

En las varias lecturas, tanto oficiales como privadas, que de esta hija expósta de Talia se hicieron, mereció encomios á que su pobre sigiloso padre no estaba tiempo habia muy acostumbrado; encomios barto superiores al mérito de la criatura; y es que sin duda lo suplía para excitar un interés desusado su cualidad de huérfana abandonada y desvalida. Y en verdad que no se la tuvo por de baja extraccion. Ningun padre se le atribuyó que no fuese ilustre en el Parnaso español contemporáneo, salvo el verdadero, á quien alguno acertó á aplicarla por completo, y muchos — esto era forzoso —, achacaron una parte de ella: lo cual, y el figurar en la accion como personaje muy principal *don Francisco de Quevedo*, hacia recordar aquel su famoso romance *Yo el menor padre de todos los que hicieron ese niño*, etc. « En esta letrilla, decian, en esas quintillas, en aquella escena se ve la mano de *Bretón*; pero esta situacion interesante, estos endecasílabos filosóficamente tiernos... no pueden ser de su cosecha: hé aqui la pluma de H...; —este diálogo conceptuoso, incisivo, es evidentemente de R...; —y ¿á quién se oculta el estilo de V...; su buen gusto y su tacto dramático, en mas de un rasgo, en mas de una peripetia...? » El autor, á cuya noticia llegaban estos juicios, y que muchos de ellos hubo de presenciar, por no hacerse sospechoso con su ausencia, veía muy satisfactoriamente cumplida una parte, la mas importante de su designio; pero sufría indecibles angustias y tormentos, y no comprende cómo no le denunció su semblante; cómo no le acusaron hasta las palabras mal estudiadas con que negaba toda participacion en la confeccion de la obra; porque seguramente si de algo peca, no es de falta de sinceridad y sobra de cautela y disimulo. No era por cierto la menor porcion ni la menos celebrada de la tarea la que sin disputa y casi unánimemente se le adjudicaba; pero al ver que de otras se le negaba la paternidad, tuvo que hacerse suma violencia para no protestar contra semejante decision, y recordar que en su larga carrera creia haber mostrado que, si en general y á fuer de poeta cómico, habia propendido con preferencia á hacer reir, no le eran desconocidos otros resortes del humano corazón; que no sin fruto habia en ocasiones procurado hablar de otro modo que con chistes dialogados al alma y á la imaginacion de los espectadores; que no hacia en algunas escenas de *¿Quién es Ella?* su primer ensayo de *discreto* quien ya lo habia manejado con aceptacion en otras muchas, y aun en comedias enteras; que ni en lo sentimental, ni en lo pintoresco, ni en lo patético, ni aun en lo terrible, probaba por primera vez sus fuerzas; y últimamente, que bien podia ser *único autor* de *¿Quién es Ella?*, no obstante la diversidad de tonos á que su argumento convida, el que, si habia producido comedias como *Un tercero en discordia*; *Un novio para la niña*; *El amigo mártir*; *El pro y el contra*; *Un día de campo*; *Dios los cria y ellos se juntan*, y otras muchas de esta clase, tambien habia dado á luz *Elena* y *Don Fernando el Emplazado*; *El es El* y *Finezas contra desvíos*; *Muérete y verás* y *El cuarto de hora*; *La Independencia* y *La Batelera de Pasajes*. ¿Y qué diremos de las tretas que se pusieron en juego para sorprenderle ó arrancarle su secreto? ¿Qué de las interpelaciones con que á cada paso se le acometia? Fatigado, aburrido, se hubiera cien veces *espontaneado*, á no temer que luego se le tildase de poco firme en su resolucion, y á no haberle animado con sus consejos y su ejemplo á perseverar en ella los señores *don Ventura de la Vega* y *don Juan Eugenio Hartzenbusch*, sus únicos confidentes; el primero en calidad de comisario regio del Teatro Español, y el segundo en la de representante del autor para el repartimiento y ensayos de la comedia.

En obsequio de la brevedad, y por otros respetos, se suprimen muchos incidentes que no dejaron de ser curiosos, ni de contribuir á que el poeta se arrepiñiese de tan impropia tentativa, y diese á mil diablos el momento en que se le ocurrió. Pero no es para omitida la mayor de las penalidades que por consecuencia hubo de imponerse; la de asistir *coram populo*, en un palco (que pagó, por supuesto) á la primera representación; ¡él, que cuando se estrena alguna composicion suya no encuentra rincon bastante tenebroso y oculto donde escucharse para esperar alli el fallo del auditorio!... Suplicio fué aquel que no bastarian á resarcir todas las ovaciones del mundo; y si el autor afirma que cuando se le nombraba por fin en la escena, y benévotos los oyentes instaban

Juvenil : al tierno amigo

Que vivo amé, y muerto lloro.

Gonz. Si vos le llorais, señor,
¿Qué haré yo huérfano y solo...?

Quev. Eso no, mientras yo viva.—

Mas, aunque me huelgo y honro

De verte, aquí no he venido

Con semejante propósito.

Yo no te hacia en Madrid...

Gonz. Empeñé el viaje mas pronto

De lo que había pensado.

No bien sacudido el polvo,

Os busqué; pero sin fruto.

« Astro luciente del trono

De Felipe, apenas sale

De palacio y sus contornos »,

Me dijeron, y...

Quev. Es verdad.

Felipe, que es generoso,

Justo, apacible, magnánimo

Cuando obedece á sus propios

Instintos, hoy que ya libre

Se ve del yugo ominoso

Del funesto Conde-Duque,

Ruina y baldon de su solio,

Desagraviarme pretende

Del no merecido encono

Con que en mis ancianos dias

Me ha perseguido el sañoso

Privado. Yo que, no ha mucho,

Gemia en un calabozo,

Calumniado, enfermo y pobre,

Hoy nadaría en un golfo

De honras y bienes, si fuera

Mi corazon ambicioso.

Mas quien jamás codició

Grandezas que engendran odios

Y sobresaltos y crímenes

Y escarmientos, sandio y loco

Sería si tal hiciera

por que se presentase en ella, él se encerraba en su casa calenturiento y convulso, no dirá mas ni menos que la pura verdad. ¡Y hubo todavía quien acriminase su reserva, que en último resultado á nadie sino á él mismo había de perjudicar! ¡Hubo censuras, y sarcasmos y pallas contra un acto, ya que no de laudable modestia, al menos de legitima prevision, cuando impunemente se suele con frecuencia pecar en el extremo contrario! Si con su incógnito podia esperar el poeta que algunos de sus encarnizados y sistemáticos enemigos dejaran de serlo por espacio de algunas horas, ¿no se privaba de la predisposicion favorable de los muchos que le honran con su amistad? La misma curiosidad tan vivamente excitada ¿no había de causar alguna distraccion á espectadores no habituados á que en esta parte se tarde tanto en satisfaccérsela hasta la saciedad? Y, como fundadamente lo apunta el señor *Hartzenbusch* en su prólogo á la presente coleccion, esa curiosidad ¿no había de redundar en detrimento del mayor interés con que sin ella se hubiera oido el drama? Al paso que la conducta del autor fué por algunos tan severamente calificada, otros, que no le quieren mal, sintieron que no siguiese callando *siquiera quince dias mas*. — Pero él declara que está muy cordialmente pesaroso de haber osado introducir tan impertinente y subversiva novedad en la república de las letras, y jura que no volverá á gravar su conciencia con tan enorme delito.

La mayoría de los periódicos juzgó después la comedia mas ó menos favorablemente; otros la trataron sin misericordia: todos estuvieron en su derecho; y el autor, que no gusta de entablar polémicas en defensa de sus escritos, nada nuevo podria añadir á los notables artículos que su buen amigo el señor *don Manuel Cañete* publicó á la sazón en el *Heraldo*, desvaneciendo todos los cargos aducidos contra *¿Quién es Ella?*, y tanto y de tal modo que . aun mas que docta refutacion, fué la suya apasionada apologia.

Cuando tiene un pié en el hoyo.

Y no obstante la seráfica

Modestia de que blasono,

Héme aquí hecho un palaciego.

El rey, á mi ruego sordo,

De la libertad me priva

Por que suspiro y sollozo.

No se halla sin mí, y abruma

Mis harto frágiles hombros

Con su real benevolencia.

No sé, Gonzalo, si logro

Tanta distincion á titulo

De amigo; pero es notorio

Que mas barato que yo

No lo ha de hallar en el globo.

Ni pedigüño le canso

Ni le atosigo oficioso. —

O acaso tanto favor

Debo á ser hijo de Apolo;

Que tambien su majestad

Emplear suele sus ocios

En hacer versos, tal vez, —

Y esto quede entre nosotros, —

No tan buenos como augustos.

Ni será extraño tampoco

Que por su bufon me tenga. —

¡ Dicen que soy tan gracioso!...

Mas volviendo á tí, querido

Gonzalo, no te perdono

No haber tomado hospedaje

En mi casa.

Gonz. Soy tan corto...

Quev. La cortedad es bobada,

Y en Palacio sobre todo.

Fray Modesto nunca asciende

A prior de san Jerónimo.

¡ Ni haberme escrito dos letras

Diciéndome cuándo y cómo

Te habría de hallar! Al punto

Hubiera hecho yo de modo

Que me vieras en mi casa,

O en la del rey, sin estorbo,

A todas horas del dia. —

Pero, si no me equivoco,

Tal está mi buen Gonzalo

Que no ha menester patronos.

No te aconsejo que trueques

Por el triste dormitorio

Y parca mesa que puedo

Yo ofrecerte, estos suntuosos

Salones. — ¿Eres, — perdona

Mi extraño interrogatorio, —

Pariente de la condesa,

O su agente de negocios?

Gonz. Soy su criado. La suerte

Me deparó este acomodo.

Quev. Y no en oficios mecánicos

Que puedan darte sonrojo

Te ocupa, por lo que veo.

¡ Bien! Es dama de alto bordo,

De esclarecido linaje

Y de pingüe patrimonio,

¡ Y con favor en la córte!

Como que ejerce el honroso

Cargo de aya de la infanta.

Si la entraste por el ojo

Derecho...

Gonz. Preferiria,

Ya que servir me es forzoso,

Servir á su majestad.

Quev. Como cuestion de decoro,

Lo apruebo; mas tan lucido

No estarás y tan orondo

Como ahora, si dependes

De las arcas del tesoro;

Que, si algo dejan en ellas

Asentistas codiciosos

Y validos insolentes,

Se gasta en cañas y toros. —

¿ Pides algo al rey?

Gonz. Mi padre

Le ha servido con heróico

Valor. Murió en Portugal

Herido de aleve plomo;

Y apoyándome en sus méritos,

Ya que no puedo en los propios,

Pido la contaduría

De alcabalas de Logroño;

Mas no espero...

Quev. ¿ Por qué no?

Para destino tan modico

Presumo que bastará

El influjo de que gozo.

Mejor te lo ofreceria,

A fe de amigo y de prójimo;

Pero yo no soy ministro

Ni con ministros me rozo,

Sino poeta, y poeta

Que no, como suelen otros,

Me alimento de ficciones

Y de figuras y tropos,

Sino que hago profesion

De decir sin circunloquios

Por escrito y de palabra

Verdades de tomo y lomo.

¡ Así estoy yo de medrado!

Camino tan escabroso

No allana, Gonzalo amigo,

La cumbre del Capitolio.

Pero á tal córte has llegado

Y en tiempo tan delicioso,

Que para tí, apuesto jóven,

Bien nacido y nada bobo,

Pueden ser flores risueñas

De la vida los abrojos.

Si un dia Marte, hoy es Vénus

El astro que aquí... A propósito:

¿ Tienes ya empleo en Madrid?

Hablo de empleo amatorio.

Gonz. Tal vez.

Quev. ¿ Y qué corazon,

Si no es de piedra ó de corcho,

No paga en Madrid tributo

A Mundo, Carne y Demonio?

Gonzalo, el mar de la córte

Está erizado de escollos.

Las Circes y las sirenas

Bogan armadas en corso

A caza...; ellas dicen de almas;

Yo, del vellocino de oro;

Y mas que Ulises sagaz

Y muy experto piloto

Ha de ser el que no sea

De su despejo despojo.

Mas no todas son del gremio

De santo *Tomás* apóstol:

Tambien *Dante* tiene alumnas...

Que ya pasan del otoño. —

¿ Te ries? No aludo á tu ama,

Que no soy tan malicioso.

Ni de ella puede decirse

Lo de « á un descosido un roto »,

Que es dama de muchas prendas...

Y está en el segundo tomo

De la hermosura; es decir,

Sinó en su mayo, en su agosto.

Gonz. ¡ Siempre maligno y zumbon!...

Quev. El mundo es jaula de locos,

Gonzalo mio, y prefiero,

Filósofo por filósofo,

A lagrimones de Heráclito

Careajadas de Demócrito. —

Pero háblame con lisura:

¿ Te mira con buenos ojos

La condesa?

Gonz. Cada dia

Me da nuevos testimonios
De su extremada bondad.
Soy su indigno mayordomo,
Su secretario, tal vez
Su amigo...
Quev. Ya: su *factotum*...
Di de una vez, soy su amante,
Y *finis coronat opus*.
Gonz. No merezco tanto honor.
Quev. ¿Por qué no? Dios poderoso
A los pobres y á los ricos
Nos formó del mismo lodo.
Gonz. Ni, dado que yo inspirase
Sentimientos amorosos
A tan ilustre señora,
Correspondiera...
Quev. (¡Es neófito!...)
Déjate querer.
Gonz. Habría
De sacrificar...
Quev. ¡Qué oigo!
Gonz. A sus favores...
Quev. ¿La hacienda?
Antes saldrías de ahogos
Con la suya. ¿La honra acaso?
No veo ningún desdoro
En ser conde. ¿La conciencia?
No es pecado el matrimonio;
Antes será expiación
Si, como opinan los doctos,
Se pasan con él en vida
Las penas del purgatorio.
Gonz. No es eso...
Quev. ¡Ah..., la libertad!
¡Bien, hijo! Apruebo y encomio
Esa altiva independencia
Digna de un ánimo estóico.
No te esclavices jamás,
Gonzalo, á ese lindo monstruo
Que llaman mujer. Sé libre...
Gonz. Ese sería mi voto,
Si ya un dulce cautiverio
No me hiciera venturoso.
Quev. ¿Qué dices, incauto joven?
¿Amas...?
Gonz. Sí, señor, adoro
Con firme y casta pasión
A una mujer...
Quev. Ya supongo.
Gonz. Bien nacida...
Quev. Pero ¿pobre
Como tú?
Gonz. Sí; los dos somos
Huérfanos...
Quev. ¡Muy bien! Será
La gloria vuestro consorcio;
Y si con mutuos requiebros
No dais calor al estómago,

Al menos nada tendreis
Que echaros el uno al otro
En cara.
Gonz. ¡Es un ángel!
Quev. ¿Sí?
Gonz. Y á la hermosura del rostro
Aun excede la pureza
Del alma. El cándido copo
De la nieve, el aura suave
Que halaga al tierno pimpollo,
No son...
Quev. Ya entiendo. Suprime
El idilio obligatorio.
¿Quién al hablar de su amada
Escasea los piropos?
Cuando una mujer nos flecha
Tenemos la vista todos,
Para sus gracias, de lince;
Para sus faltas, de topo.
Pero si os queréis los dos,
Y, ella modesta y tu sobrio,
Tú por un palmo de cara
Dejas todo el territorio
De un condado; y ella siendo
Tan bella — ¡raro fenómeno! —
Se resigna á ser consorte
De un alcahalero, *Dóminus*
Vobiscum. — Voy ahora mismo
A hacer que despachen pronto
Tu memorial. Vé mañana
A Palacio...
Gonz. ¡Ah! Yo me postro...
Quev. ¡Quiet! — A las once.
Gonz. Está bien.
Quev. Emplearé mas gustoso
El tiempo en obsequio tuyo
Que en los frívolos coloquios
De una visita de pura
Etiqueta; que á esto solo
Venía.
Gonz. Sois mi segundo
Padre.
Quev. ¡Oh! sí.
Gonz. Mi ángel custodio.
Quev. Basta. ¡Adios!
(*Vuelve á abrazarle.*)
Gonz. Guárdeos el cielo.
Quev. (¡Pobre mozo! ¡Pobre mozo!)
(*Yéndose.*)

ESCENA III.

GONZALO.

¡Se burla de mis amores!
Achaque de años mayores.

Su corazón está yerto,
Y es predicar en desierto
Pedir al invierno flores.
Mas mudará de opinión
Quizá, que al fin es discreto,
Y aprobará mi pasión
Cuando vea el dulce objeto
Que me abraza el corazón.
¿Qué es el ajado oropel,
Qué es el orgulloso porte,
Y la envenenada miel
De las damas de la corte
Al lado de mi Isabel?
¿Son por ilustres mas bellas
Algunas que en las estrellas
Ponen las ejecutorias?
Pergaminos son sus glorias...
Y pergaminos son ellas.
Amor manda que me rinda
A la que en el sí y el no
Desnuda el alma me brinda,
Y solo sabe que es linda
Porque se lo digo yo.
En dulce conformidad
Para uno nos hizo Dios,
Y á tanta felicidad
Nos llama hasta la orfandad
En que gemimos los dos.
Así con igual ternura
Nos dió la naturaleza
En la comun desventura
El crisol que nos depura
De toda humana flaqueza.
Así el amor que á tus piés
Juro, y pagas tú, alma mía,
No es una vil mercancía
De que el sórdido interés
Hace torpe granjería.
Solo así viva la llama
Se alimenta y sin perfidia;
Porque desigual la dama,
Cuando pide nos fastidia
Y cuando da nos infama.

ESCENA IV.

GONZALO, LA CONDESA.

Cond. ¡Don Gonzalo!
Gonz. (¡Ah! la condesa.)
Señora, yo...
Cond. Extrañareis
Mi tardanza...
Gonz. ¡Yo, señora!
Faltaría á mi deber
De humilde y leal criado

Si osara...
Cond. (¡Qué sencillez!)
Sabeis que yo no os confundo
Con la mercenaria grey
Que me sirve.
Gonz. Agradecido,
Al cielo ruego que os dé
Largos dias de ventura
Y...
Cond. Mil gracias. Ahora bien,
La causa de mi tardanza
No ha sido ningún cruel
Accidente...
Gonz. ¡Ah! Sea Dios
Loado y bendito...
Cond. ¡Amen!
(¡Cielos! ¿es esto cariño,
O cristiandad..., ó sandez?)
Mas de lo que yo esperaba
Hoy me ha detenido el rey.
Gonz. Yo tengo ya despachado
Todo el correo de ayer.
Solo falta...
Cond. Bien; no hay prisa.
Gonz. Podeis firmar, si queréis,
(*Acercándose al escritorio.*)
Estas cartas...
Cond. ¿Urgen mucho?
Gonz. No.
Cond. Firmaremos después.
Gonz. Pues si licencia me dais...
Cond. Bien: id con Dios.
(*Después de vacilar un momento.*)
Gonz. (¡Oh Isabel!)
Cond. (Evitemos el peligro...)
Gonz. La firma ¿á qué hora...?
Cond. A las tres.
Gonz. El cielo os guarde.
Cond. (¡Ah, no puedo...!)
El alma se va tras él.)
Oid...
(*Gonzalo vuelve.*)

Quiero consultaros
Un negocio de interés...
Si no os molesto.
Gonz. Señora,
Nunca á mí... (¡Cómo ha de ser!)
Cond. (Sondearé su corazón.)
Gonz. ¿Sobre el soto de Aranjuez?
Cond. No. Mas arduo es el asunto, —
Pero ¿por qué estais de pié?
Gonz. El respeto...
Cond. ¡Oh!... Bien pudiera
(*Impaciente.*)
El que en la corte es novel,
Por sobrado respetuoso

Culparse de descortés.

Gonz. Perdonad. No fué mi intento
Desairar... Me sentaré.

(Se sienta.)

Cond. (Necia he sido en ofenderme
De su amable timidez.)

Estadme atento, Gonzalo.
Dos años ha que enviudé,
Y no son tantos los míos
Que me hayan de reprender
Lenguas malignas si al yugo
Otra vez doblo la sien.
Con mi nombre esclarecido
Grandes bienes heredé,
Y no quisiera dejarlos
A parientes que tal vez,
O no me aman, ni yo á ellos,
O no los han menester. —

¿Qué me aconsejais, Gonzalo?

Gonz. Señora, difícil es
Aconsejar en tan grave
Materia, y mas para quien,
Falto de años y de ciencia
Como yo...

Cond. No os excuseis.
Sois adicto á mi persona: —
Lo debo al menos creer.

Gonz. Yo os juro...

Cond. En vuestra alma noble

No cabe infame doblez,
Ni la embriaga y la fascina
El orgullo del saber.
¿Qué consejero mejor
Pudiera elegir?

Gonz. Pues ¿qué!

¿No teneis otro, señora,
A cuya suprema ley
So pena de eterno llanto
Habreis al fin de ceder?

Cond. (¡Oh cielos!...) ¿Cuál?

Gonz. Vuestro propio
Corazon.

Cond. Si; mas tambien
Tiene la razon sus fueros,
Y es forzoso...

Gonz. Ya lo sé;
Y mejor que yo advertirlo
Es que vos lo recordeis.
Si en combate tan terrible
Os hallais, y ha de vencer
La razon, yo os aconsejo,
Señora, que no os caseis.
Conservad vuestra dichosa
Libertad; que á una mujer
Como vos honran, no afrentan,
Las tocas de la viudez.

Cond. (¡Oh palabras de consuelo...,
Si no son pérfla red

De quimérica esperanza!

Me exhorta con viva fe
A no dar mi mano... ¡Ay Dios!

¿Mudará de parecer

Si lee al fin en mis ojos

Que la guardo para él?)

Gonz. (¡Calla! ¡Plegue á Dios que en-
tienda

Que no la quiero entender!)

Cond. Muy cuerdo es vuestro dictámen;

Que es triste consorcio aquel

De quien la razon helada

Es el único sosten.

Pero si triunfa el amor,

Como suele suceder,

De esa razon impotente

Que le disputa el dosel,

¿Qué me direis, don Gonzalo?

Gonz. Señora, ... que no os caseis.

Cond. ¡Ni á la razon ni al amor

Me es licito obedecer!

Luego, si el único puerto

Me vedais que en el tropel

De las humanas pasiones

Me pudiera guarecer,

A mi opinion ó á mi dicha

Por siempre renunciaré.

Gonz. ¡Señora!...

Cond. Mas no creais

Que tan opuestos esten

En mí esos dos sentimientos

Que á riguroso nivel

Quereis sujetar. Spongo

Que vos no confundireis

Con la razon verdadera

El sofisticado oropel

Que llaman razon de estado.

Prendas pudiera tener

El objeto de mi amor

Con que cien veces y cien

Supliera el fastuoso título

De un marqués... solo marqués.

Amor, que no reconoce

Límites á su poder,

Iguala la humilde choza

Con el alto chapitel.

El amor, hijo de Dios,

Y Dios acaso tambien,

Es la ambrosia celeste

Que dulcifica la hiel

De nuestra misera vida:

Es el bello rosicler

Que este valle de tinieblas

Convierte en risueño Eden:

Contra el rigor del destino

Es el mas fuerte broquel:

Él sagaz descubre méritos

Que el mundo olvida ó no ve:

Gonz. (¡Oh tormento! ¡Oh desventura!)
Señora... (¿Qué la diré?)

Cond. Conmovido estais.

Gonz. ¡Sí!

Cond. Hablad.

Gonz. Excusadme...

Cond. ¿Qué temeis?

Hablad: lo exijo.

Gonz. El respeto

Pone á mi labio un cancel.

Cond. Doleos de mi martirio,

Y aunque apure hasta la hez

La copa de la amargura...

Gonz. ¿No la pruebo yo tambien?

¿No os dice harto mi silencio

Si lo quereis comprender?

Cond. Mas ¿cuya será la culpa

Si no lo interpreto bien?

Yo os abro mi corazon,

Y del vuestro nada sé.

Gonz. Vos pedis una respuesta,

Y yo podria á mi vez

Haceros una pregunta

Con que os pudiera ofender.

Cond. Para salir de este empeño

Sobrado ingenio teneis,

Sin forzarme á que deponga

Privilegios de mujer.

Gonz. No es de ingenio esta cuestion,

Señora: bien lo sabeis.

Cond. (¡Oh suplicio!)

Gonz. Solo un hombre

La pudiera resolver,

Y... si ese hombre... no soy yo...

Cond. Seáislo ó no, responded.

Gonz. Pues bien: si yo, por acaso,

Fuese el oscuro doncel

Que desde el polvo en que yace

Os pluguiera enaltecer

Hasta la elevada esfera

Donde sol resplandecéis,

Turbado, absorto, confuso

Me postrara á vuestros piés...

(Lo hace.)

Cond. (¡Alma, respira!)

Gonz. Y bañando

(Besando enternecido la mano de la

condesa.)

La mano que me tendeis

Bondadosa en tiernas lágrimas

De gratitud...

Cond. (¡Oh placer!)

Gonz. Diria: Guardad, señora,

Tan acrisolada fe

Para quien con otra igual

La pueda corresponder.

Cond. (¡Gran Dios!)

(Se levanta.)

Él la apacible modestia
Premia, y su pálida tez
Desgarra la baja envidia
Cuando de mirto y laurel
Ve coronada la frente
Que blanco á su saña fué.
¿Qué me importaria á mí
La desdenosa altivez
Con que algun necio, prendado
De su gótico pavés,
Murmurase de mis bodas
Porque no las hñce, á fuer
De rica hembra de Castilla,
Con algun primo del rey?
Yo, ufana de mi eleccion,
Le sabria responder:
Ved aqui el dueño adorado
Que cautiva mi alma; ved
Si mas apuesto mancebo
Y mas digno de honra y prez
Inventar puede el buril
Ni imaginar el pincel.
Si no es grande de Castilla
Ni infanzon aragonés,
Prendas y bríos le sobran
Con que lo pudiera ser;
Y en fin, yo le quiero y basta;
Y pues no hay razon ni ley
Que acate el libre albedrio
Para amar ó aborrecer,
De mi propio corazon
Yo sola quiero ser juez.

Gonz. No os censuro yo; os admiro.

Pero vos que encareceis

Tanto el poder del amor —

Y ¿quién lo resiste, quién? —

Mirad, señora, que es ciego;

Mirad no os lleve al través

De su venda engañadora

Donde naufrague el bajel

De vuestra dicha. Mirad

Si el que os dignais de ascender

A vuestros amantes brazos

No recibe harta merced

En permitirle que sea

De vuestra planta escabel.

Mirad que un dia vos misma

Quizá os arrepentireis...

Cond. No; ¡jamás! Podrá mi frente

Ceñir funesto ciprés

En vez de nardos y rosas,

Si con injusto desden

Paga mi ternura inmensa

El hombre á quien solo amé;

Mas ya en mi arbitrio no está

El dejarle de querer;

Que amor le grabó en el alma

Con inflamado cincel.

Gonz. Sellad esta frente,
Que alzar á vos no osaré,
Con hierros de esclavitud;
Y si por sincero y fiel
A mi despecho os agravio,
De mi vida disponed.
Dad un tósigo á mi pecho
O á mi garganta un cordel;
Mas...

Cond. ¡Basta! ¡Oh rubor!...
Gonz. ¡Qué digo!
Despreciadme.

Cond. ¡Alzad!... Si haré.
(*Con imperio.*)
(*Se levanta Gonzalo.*)

Gonz. ¡Así! Triunfad de vos misma
Y admitid mi parabien.

Cond. ¡Eh, callad! ¡Perdida soy!
¿Cómo, villano soez,
Osais...? Mas tanto no debe
Mi cólera tender
Que honre con ella de un sandio
La extraña ridiculez.

Gonz. ¡Señora!
Cond. ¿Tan alta estima
(*Con risa forzada.*)

De vuestra persona haceis,
Que fundando sobre el aire
Otra torre de Babel,
Por mi os juzgais recuestado
De amores que no soñé,
Y en conflicto tan terrible
Vuestro pudor defendeis
Con la rudeza de Hipólito
Y la virtud de José?

Gonz. Yo erré, señora. Ya veo
Que esto ha sido un entremés...

Cond. En que habeis equivocado
(¡Oh angustia!) vuestro papel;
Mas de un modo tan donoso
Que siempre celebraré...

Gonz. Yo tambien celebros mucho
El error que escarneceis;
Pero huiré la contingencia
De volverlo á cometer.
Calificadme de necio
En buen hora. Yo no sé
Si merezco ó no ese apodo;
Pero me basta saber
Que si aceptándolo os sirvo,
Debo ufanarme con él:
Que á mí no ha de estarme mal
Lo que á vos os está bien.

ESCENA V.

LA CONDESA.

(*Déjase caer en un sillón con el mayor abatimiento luego que Gonzalo desaparece.*)

¡No puedo mas! ¡Me desprecia!
¿Por qué el labio no fué mudo?
El silencio era mi escudo. —
¡Ay desventurada! ¡Ay necia!
Mas si á morir me sentencio
¿Qué importa en trance tan fuerte
Que la voz me dé la muerte
O que me mate el silencio?
Al menos ese cruel
Por quien mi amor desvaria,
Cuando vea mi agonía
Sabrá que muero por él;
Y acaso por gratitud,
Si su alma ahora es tan yerta,
Alguna lágrima vierta
Sobre mi negro ataud. (*Se levanta.*)

¡No! Mi desventura extrema
Pide al que así me escarnece,
No que difunta me rece,
Sino que airada me tema. —
¡Ay! ni este acerbo placer
Dará alivio á mi pesar;
Que mal se puede vengar
Quien no sabe aborrecer. —
Ni es un crimen su desvío.
¿Con qué ley, con qué razon
Mandara en su corazon
Yo... que no mando en el mío?
¿Por qué á su noble entereza
Achacar mi desventura,
Y no ¡ay Dios! á mi locura
Y á mi humillante flaqueza?

¿Acaso su labio mismo,
Que tan mal interpreté,
No era rémora á mi pié
Cuando corria al abismo? —
Quizá algun día se apiade
De mí; quizá la ambicion
Seduzca su corazon
Si mi amor no le persuade. —
Pero en tanto ¡ay Dios! se aleja
Herido de mi despego,
Injusta será si niego
Satisfacción á su queja.

(*Toca una campanilla.*)

¿Otra vez, alma cobarde,
Te rinde vana ilusion?
¿Por qué al fin de la razon
No oyes el grito?... ¡Ah! Ya es tarde.

ESCENA VI.

LA CONDESA, MARTIN.

Mart. Mandé ucencia.

Cond. Ven acá.
(¡Así á un ingrato me humillo!)
¿Qué hace Gonzalo?

Mart. Su hatillo.

Cond. (¡Oh Dios!)

Mart. Dice que se va. —

Y es cosa que me ha pasmado;
Que en todos sus menesteres
Aqui está á cuerpo qué quieres,
Y es mas señor que criado. —
Le habrá despedido ucencia.

Cond. Yo... Creo que sí.

Mart. ¡Lo dije!

Pues creo que no se affige
Por perder la conveniencia.
Al contrario; muy en sí,
Y con cara, no abatida,
Sino de pascua florida...

Cond. Bien, bien. ¿Qué se me da á mí...?

Mart. Y con gozo estrafalario
Le he visto sacar del pecho
Una cosa... que sospecho
Si será algun relicario;
Y mientras doy á su ajuar
Colocacion oportuna,
Besar la efigie con una
Devocion particular.

Cond. ¡Una efigie!... ¿Tú la has visto?

Mart. Sí, señora; y en conciencia
Puedo asegurar á ucencia
Que no es la de Jesucristo.
Por lo hermosa puede ser
Un ángel del Paraíso,
Si es creible, ó si es preciso
Que un ángel sea... mujer;
Y si á los ángeles buenos
No pertenece la estampa,
Virgen es la que allí campa,
Sobre poco mas ó menos.
Cond. (¡Ama á otra el inhumano!
Yo lo debí recelar.)

Mart. Mas su modo de rezar
Tiene un sí es no es de profano.
¿Qué sé yo?... Aquel regocijo...
Salvo el « bendita tú eres
Entre todas las mujeres »,
Que eso bien claro lo dijo,
Juro á fe de esclavo vuestro
Que en su boca no se oía
Ni jota de Ave-Maria
Ni pizca de Padre-nuestro.

Cond. (¡Me reservaba mi estrella
Este horrible torcedor!

¡Otra me roba su amor!
¡Yo morir y triunfar ella!

Mart. Si ucencia no manda nada...

Cond. Martin, yo quiero saber
El nombre de esa mujer,
Su condicion, su morada.

Mart. ¡Ah, es mujer!... Ya saco el hilo...
No es el corte de la saya
De ángel ni...

Cond. Cuando se vaya
Le seguirás... con sigilo.
Yo te premiaré.

Mart. Se entiende.
Cond. Toma bien las señas...

Mart. Si;

Y aun sin moverme de aqui
Doy ya con la dama duende.
Cartas que vienen y van...
Sin saberlo he sido yo
Correo...

Cond. ¡Ah! ¿La has visto?

Mart. No;

No he pasado del zaguan. —

Ucencia por compasion
Querrá excusarle petardos
Y que se andé á picos pardos...

Cond. ¡Bien está!...
(*Impaciente y agitada.*)

Mart. ¡Qué corazon!

Cond. (¡Ah! El rey... Mi influjo en Pa-
lacio...

(*Como poseida de una idea repentina.*)

¡Sí! No le pierdas de vista.

Mart. Yo le seguiré la pista...

(*Mira adentro.*)

Aun está allí. Va despacio.

Cond. (Un mismo dardo nos hiera.)

Mart. Ucencia sabrá muy pronto

Todo lo que hay. ¿Soy yo tanto?

(Y mas de lo que quisiera.)

Cond. (Infiel, tu loca esperanza

Sabré yo frustrar tambien,

Y pues lloro tu desden,

Tú llorarás mi venganza.)

ESCENA VII.

MARTIN.

Hé aqui un chisme... venial,
Que, si el demonio lo enreda,
Va á mover mas polvareda
Que una batalla campal.